

Corazón moro... y caudetano

Las últimas luces del día, ya hacía rato que habían desaparecido llevándose con ellas, los gritos, la algazara, la música y la alegría desbordante de la Entrada de MOROS Y CRISTIANOS, dejándolas en el Cielo convertidas en estrellas rutilantes, que seguían guiñándonos sus picarescos ojos en una cálida y calmosa noche de verano.

Me encontraba cansado del ajetreo del día y, cuando las Comparsas iniciaban su tradicional «Retreta», me dispuse a cenar con la intención de tomarme un café en casa del «Tío Pepe» y recogerme pronto. No quería perderme la traída de la Virgen.

Con el último sorbo, encendí un cigarro y en amigable cháchara, fui agotando con las espirales del humo, los últimos minutos de mi tiempo en este 6 de septiembre.

Cuando me despedí, acompañando con un gráfico gesto mi marcha y salí afuera, sentí una extraña sensación; una sensación inexplicable que me recorrió electrizante, por la espina dorsal.

Eran solamente las once de la noche y no ví ni un alma en la calle poco antes bulliciosa; llena de gente que iba y venía rebosando alegría y juventud; indomable al cansancio en su deseo de alargar un día de fiesta que siempre se ha antojado corto...

Esta ausencia de gente debió ser lo que me envaró, paralizando momentáneamente mis pasos. Un silencio intenso, cada vez más pesado, iba envolviendo en su conjuro misterioso las calles y plazas, hasta hacerse casi tangible. Lo podía palpar entre mis dedos... y esta certeza, volvió a inquietarme más.

Haciendo un tremendo esfuerzo de la mente, transmití el deseo de andar a mis pies que, pesados y torpes, reanudaron por fin el camino.

Yo, naturalmente, estaba extrañado y confuso tratando de encontrar justificación a un hecho tan insólito jamás observado por mí, en día tan señalado y en hora tan relativamente temprana.

Cuando daba las últimas chupadas a un segundo cigarrillo que encendí para serenarme, ya había rebasado las tres cuartas partes de la Calle Abadía, y entonces, algo extraordinario, incomprensible y a la vez maravilloso, estaba sucediendo en Caudete.

Una formación de moros a pie, llegaba a mi altura. Iban de seis en fondo y armados de lanza, escudo y alfange. Sus pies, calzados con botas de guerra y el aire marcial. Silenciosos, volvían su rostro para mirarme. No me decían nada. Ni una palabra. Pero al contemplarlos y tratar de averiguar su número quedé petrificado de terror. Clavado al suelo e inmóvil debí pintarse en mi cara, todo el miedo y estupor que sentía: aquellas caras eran amarillas como las de los muertos y sus armas y botas, ningún ruido hacían. Tampoco sentí el ludir de las correas y yo, seguía temblando como hoja azofada por fiero huracán.

No terminó aquí el horrendo desfile. Sin saber de dónde apareció un nuevo escuadrón de caballería. Los caballos briosos y de pura sangre árabe, piafaban inquietos pisoteando la calle; deseosos de entrar en batalla. Los guerreros armados de punta en blanco, portaban verdes gallardetes en las largas lanzas. Más detrás, en un claro, apareció un majestuoso jinete.

Por su bizarro porte y sus costosas armas, adiviné que era el Jefe. Un Emir o un leque con sus tropas victoriosas... Dándole escolta, un nuevo escuadrón de jinetes, haciendo caracolear sus monturas en diestras cabriolas, se fue aproximando.

De igual modo que la Infantería, tampoco los caballos y arneses producían el más leve ruido, exacerbando hasta el infinito mis sentidos, que ahora, aún inmóvil y casi insensible a todo lo que no fuera tan raro espectáculo, se afanaban en buscar una explicación lógica sin encontrarla.

Ví también sus caras de cera y el relampagueo de sus ojos al mirarme, descubriendo en sus pupilas una tintinante luz entre burlona y despectiva.

Cuando el caudillo árabe llegó a mi altura, alzó el brazo; paró el caballo y con un ademán que entendí perfectamente, me ordenó que lo siguiera.

Sentí en mi entraña una sensación de sortilegio; una misteriosa fuerza superior a mi razón y a mi voluntad, se me obligó a obedecer. Volví sobre mis pasos y poniéndome a su izquierda, comencé a caminar lentamente y en silencio.

Observé cómo las primeras huestes entraban, torciendo a la derecha, por los arcos de la Plaza de la Iglesia. Nosotros seguimos y del mismo modo entramos, en ella, sin mediar palabra alguna.

Cuando di vistas a la Plaza, nueva sorpresa aguardaba a mi ánimo tan duramente castigado ya. La fuente había desaparecido; las casas también habían dejado su sitio, a la más bella campiña que una imaginación calenturienta puede imaginar. Almendros, perales, manzanos, cerezos y granados, alternaban sus graciosas figuras, meciéndose indolentes a los impulsos de una suave brisa.

Regatos y arroyos, gorjeaban su cantarina y fresca voz, confundiendo con el trinar de miles de pájaros de vistosos plumajes que, en alegres bandadas poblaban el verde follaje poniendo notas de encantador colorido. Vi pintorescos huertos enjabelgados, que ofrecían exuberantes, el embrujo de sus parras cargadas de dulce fruto, desparramándose como verdes cascadas por las blancas paredes. Infinidad de flores silvestres tejían el lecho de hermosísimos claveles que, dóciles a la brisa se ondulaban como embriagador mar de exquisitos aromas, prestando su fragancia a las fuentes y a los serpentantes hilos de plata, que lamían lentamente los muros de un fuerte y almenado castillo.